

260. El esfuerzo impotente de todos los moralistas y legisladores antiguos, donde vemos en contraste la accion universal y constante de los recursos humanos, con la corrupcion de las costumbres y la depravacion de las máximas, es un hecho histórico que justifica la solucion negativa que dimos á la cuestion propuesta.

261. Quítese la gracia, y solo quedan por motivos de obrar los sentimientos y el interes, esto es, la sensualidad y el egoismo. Yo bien concibo un hombre capaz de practicar una buena accion por solo el sentimiento del bien; pero me es imposible concebir el derecho que tal sentimiento pudiera tener para ser un recurso competente contra todas las pasiones extraviadas, para todas las virtudes y en todos los hombres. En cuanto al interes, él podrá éngendrar la hipocresía; mas nunca crear y ménos fecundar la virtud. Si, pues, los sentimientos y los intereses reasumen los recursos naturales en la cuestion de los motivos, y son, como se ve, incompetentes, claro es, que la solucion de que se trata debe ser negativa.

262. Cuando se trata de la suficiencia de los recursos naturales contra el influjo nocivo de las pasiones, debe tenerse presente lo que es necesario, no solo para verificar bien este ó aquel acto particular, sino para mantener constantemente la armonía entre los principios, los medios y los fines de la conducta relativamente á la perfeccion, que es lo que constituye el órden moral. ¿Y qué valor daremos para esto á los recursos humanos? La conservacion del hombre en la práctica del bien supone un curso de combates, de victorias, y por tanto de sacrificios: combates que no puede sostener, victorias que no puede alcanzar y sacrificios que no puede hacer la naturaleza humana solo por sí misma, como lo prueban el sentido íntimo de cada uno y la experiencia constante de los siglos.

263. Finalmente, la historia comparada de la sociedad gentil, de la sociedad filosófica y de la sociedad cristiana,

se reasumen en esta sencilla idea: nada pueden para el bien la razon sin la fe, la voluntad sin la gracia; todo lo pueden la razon que cuenta con la fe y una voluntad que cuenta con la gracia.

CAPÍTULO III.

DE LOS MEDIOS PARA NEUTRALIZAR EL INFLUJO NOCIVO DE LAS PASIONES, DE DIRÍGIRLAS BIEN, Y DE ALLANAR CON EL CAMINO DE LAS VIRTUDES LA CARRERA DE LA PERFECCION MORAL Y LA CONSECUION DE LA FELICIDAD.

264. Esta materia exige, para ser filosóficamente tratada, que se expongan y justifiquen estos diversos medios de perfeccion en la accion combinada de la naturaleza y de la gracia. Lo primero es objeto de este capítulo, donde solo trataremos de la buena direccion y reforma de nuestras pasiones: lo segundo haremos en el siguiente, donde nos proponemos comprobar prácticamente esta direccion, con solo mostrar el interes de sus resultados.

265. Para neutralizar el influjo maligno de las pasiones, conviene recordar que ellas en su mala direccion degeneran en vicios, miéntras en una direccion sábia contribuyen á la formacion de las virtudes; que de una misma fuente, digámoslo así, pueden venir los unos ó las otras, es decir, que así los vicios como las virtudes, parten de nuestras facultades morales, segun que de ellas abusamos ó hacemos un uso legítimo. Los sentidos, las potencias pueden ser obstáculos ó medios de perfeccion: todo pende del uso y del abuso. ¿Cómo neutralizar pues el abuso pernicioso de estas cosas? Primero, deseando viva y eficazmente la

perfeccion; segundo, pidiendo el auxilio de la gracia; tercero, aprovechándola mediante una cooperacion eficaz de la naturaleza.

266. El deseo de la perfeccion es tan necesario, que sin él no podrá darse un solo paso: y este deseo tiene un apoyo esencial en los motivos y en las condiciones mismas de la perfeccion; motivos y condiciones que fácilmente se comprenden, con solo reflexionar sobre la naturaleza y los desígnos del hombre, así como tambien sobre los requisitos indispensables que Dios ha querido poner á la consecucion de la felicidad.

267. Si la gracia es un medio necesario para triunfar de los vicios, la oracion es un deber de la naturaleza. Los combates, las agitaciones, los tormentos de las pasiones desarregladas, cuando por otra parte viven la razon y la fe en nuestro espíritu, ponen, digámoslo así, la oracion en todos nuestros instintos, y la súplica parece exhalar-se entre todos clamores que se escapan de nuestros labios. Dios puede sin duda otorgar sus favores sin esperar nuestras súplicas, y lo hace de facto miéntras no tenemos el uso de nuestra razon; mas cuando con esta entramos en el goce pleno de nuestra libertad, otro órden reina en la distribucion de sus gracias: ofrece concederlas; pero quiere que se las pidan: *Pedid y recibireis* (1).

268. Mas esta oracion, para que sea fructuosa debe tener sin duda un objeto moral, debe ser acompañada de la fe, la humildad y la confianza, y debe hacerse por último, con una perseverante solicitud. Sin un objeto moral que éntre en los intereses de la virtud, tal vez pedimos lo que no sea justo concedernos: sin fe desconocemos el poder, sin esperanza la voluntad, sin confianza la bondad de Dios. Si nos falta la humildad, insultamos mas bien que pedimos:

(1) Joann. cap. XVI, v. 24. Math. VII, 7. Marc. XI, 24. Luc. XI, 10.

si carecemos de solicitud y perseverancia, nuestra pereza nos hace indignos de conseguir el objeto de nuestros deseos (1).

269. Pero no basta obtener la gracia, es preciso adunarla con la naturaleza, y buscar en su cooperacion mútua el incremento de la primera y la perfeccion de la segunda. Para esto contribuye mui eficazmente esa continua solicitud que se ha caracterizado tan bien con el nombre de vigilancia (2).

270. El que siempre vela sobre los grandes intereses de su felicidad, registra constantemente con su prevision todos los peligros que pueden ponerle asechanzas contra su bienestar, á fin de hallarse provisto siempre de medios precautorios para evitarlos: inquiere la razon en que se halla su conciencia respecto de su perfeccion: siempre rezeloso de su propio dictámen, busca el ageno y sábio consejo: instruido por su propia experiencia de la facilidad suma con que la vanidad, el placer, el orgullo, la falsa gloria debilitan los sentimientos que robustecen y perpetúan las tendencias de la virtud, se esfuerza por neutralizar el influjo pernicioso de tantos agentes morales con las buenas lecturas, con los santos pensamientos, con las prácticas espirituales: por último, sabe mui bien que hai canales establecidos, notorios á todo el mundo, por donde la gracia descien-de á fecundar el campo de las virtudes; comprende la importancia suma de proveerse con frecuencia de estas gracias, y acude por lo mismo á su fuente.

271. Infiérese de todo lo expuesto, que para neutralizar

(1) Judic. C. 15, 18, et 19. I Regum. C. 1.º v. 10 et 11. Luc. C. 1. v. 13. Math. C. XXI, v. 22. Jacob. C. I. v. 6. III Reg. VIII, 22. Dan. IX, 3. Luc. XVIII, 13. Ps. XXX v. 19. Ecli. XXXV, 21. Is. LXVI, v. 2. I Joann. V, 14. Luc. XI, 10. Luc. VI, 12. XVIII 1.º Ecli. XVIII, 22 I Thess. V, 17.

(2) Math. XVI, 41. Marc. XXI, 36 I Cor. X, 12. 16 et 13. Math. XXV. 13 II Tim. IV, 5. Apoc. XVI, 5.

el influjo maligno de las pasiones, es preciso remover los obstáculos de la virtud, oponiendo la prudente mortificación al desenfreno de los sentidos, á los vehementes impulsos de la sensualidad; el uso al abuso en la adquisicion y conservacion de las riquezas; el deseo de la verdadera gloria y el sentimiento de la buena conciencia al desordenado amor de la honra, de la fama y la celebridad; neutralizando con el aspecto puro de la verdad las ilusiones seductoras del mundo; substituyendo á una perezosa laxitud un exacto juicio, y á las nimiedades y escrúpulos un recto é ilustrado criterio.

272. Infiérese en segundo lugar, que el eficaz deseo de la perfeccion, la vigilancia conveniente, el exámen constante de su conciencia, la eleccion de buenos directores, las buenas lecturas, la meditacion, las prácticas espirituales y la frecuencia de los sacramentos, son otros tantos medios indispensables para desvirtuar la accion de nuestras pasiones contra los intereses bien entendidos de nuestra verdadera felicidad.

273. "El hombre carnal, precisado á buscar su dicha sobre la tierra, era dominado á la vez de tres pasiones origen de todos los vicios, á saber, *del amor á los placeres*, del amor á las riquezas y del amor á la gloria ó fama, porque el mundo que es la region de las pasiones no ofrece ninguna otra cosa mejor, ni las pasiones por consiguiente pueden percibir mas adelante ningun otro objeto."

274. "Jesucristo para formar en nosotros el hombre celestial, hizo morir al hombre carnal, oponiendo tres virtudes á los tres indicados afectos desordenados del corazon humano, esto es, *la mortificacion de los sentidos*, *la pobreza de espíritu* y *la humildad de corazon*. Jesucristo desde lo alto de la cruz con esta muerte mística destruye todas las pasiones á la vez, sofoca en su origen todos los vicios y establece sus preceptos y consejos: nos invita á que sigamos

el camino de su santa lei, y nos presenta, para animarnos, los motivos mas poderosos. (1)."

CAPÍTULO IV.

DE LOS RESULTADOS GENERALES QUE SIGUEN A LA BUENA DIRECCION DE LAS PASIONES.

275. Así como las pasiones innobles en sus principios, indignas en su objeto, perversas en su accion, engendran los vicios, impiden ó destruyen la perfeccion, y hacen morir para nosotros la felicidad, así tambien, cuando tienen un principio noble, un objeto digno y una direccion prudente, forman las virtudes, aceleran la perfeccion y consuman la felicidad. Tales son los resultados infalibles que el hombre debe á la cooperacion constante de la naturaleza con la gracia, en el empleo de sus elementos morales, en el gobierno de la conducta, en la buena direccion de la voluntad.

276. El objeto natural de una voluntad bien dirigida, es la concordia fiel entre los principios, los medios y los fines de nuestra naturaleza, esto es, *el orden moral*. El hombre entónces se ama á sí mismo, pero en el sentido de su verdadera felicidad; ama á los otros como á sí mismo, y ama á Dios sobre todas las cosas: refiere constantemente á este triple amor sus facultades físicas, intelectuales y morales, sus relaciones físicas, intelectuales y morales, sus goces físicos, intelectuales y morales. Este amor es un deseo que reasume todos los deseos; una pasion, si se quiere, pero una pasion que reasume todas las pasiones.

(1) PEY. Lei natural explicada y perfeccionada por la evangélica. Part. 2.^a, cap. 4.^o Véase todo el capítulo donde se desarrolla completamente esta idea.